

Nota: este documento ha servido de insumo principal para el discurso ofrecido por la Secretaria General Iberoamericana, y no representa necesariamente su intervención en el evento. Se pone a disposición para consulta.

Flexible, internacional y comprometida: la universidad de hoy al servicio del mañana

Ceremonia de investidura de Doctorado Honoris Causa

Rebeca Grynspan

Secretaria General Iberoamericana

Facultad de Educación de la Universidad de Extremadura

Badajoz, Lunes 12 de Diciembre de 2016, 12:00

Saludos y agradecimientos

- Señor Presidente de la Junta de Extremadura
- Excelentísimo señor Rector Magnífico
- Excelentísimos Vicerrectores
- Ilustrísimo señor Decano

- Distinguidos profesores de la Universidad de Extremadura
- Señor Ex presidente de la Junta de Extremadura
- Señoras y Señores

Es para mí un verdadero honor estar aquí y recibir tan ilustre reconocimiento de una comunidad de educadores como ésta. Deseo agradecer profundamente a la Universidad de Extremadura esta distinción, y muy especialmente al Rector Píriz, cuya contribución a la educación extremeña, española e iberoamericana nos ha permitido cruzar caminos en muchas ocasiones en favor de nuestros jóvenes. No estaría aquí de no ser por la inmensa generosidad del Profesor Zacarías Calzado, ex Decano de la Facultad de Educación de la Universidad de Extremadura, quien promovió este nombramiento, y la generosidad también de don Florencio Vicente Castro, quien hoy me hace el honor de fungir como Padrino en esta ceremonia de investidura. Gracias a todos ustedes por este reconocimiento, que recibo no como la culminación de un esfuerzo, sino como un aliciente para seguir adelante, para continuar luchando por la educación en toda Iberoamérica, por la igualdad de oportunidades y por hacer cierta la promesa central de la educación y de la buena política: la de que es posible cambiar, desde el conocimiento y la razón, a la sociedad.

Extremadura ha ocupado un lugar importante en mi corazón, desde que la visitara por primera vez hace ya casi ocho años. Esta es una región de una belleza directa y perdurable, y la primera región europea en mirar a mi tierra, Centroamérica, mientras

todas las demás miraban al Norte. Fue la primera en iniciar ese proceso de descubrimiento mutuo y mestizaje cultural del que nació nuestra sociedad de hoy, cuya huella atemporal ha quedado reflejada en la lengua y la geografía latinoamericana; en la Mérida de México, el Medellín de Colombia, el Trujillo de Perú, por citar solo algunos ejemplos.

Extremadura fue hogar de uno de los primeros mestizos latinoamericanos que vivió en Europa: Juan Cano de Moctezuma, nieto del emperador mexicana, que se estableció en Cáceres a mediados del siglo XVI. Desde entonces, ambas tierras se convirtieron en las dos orillas de un mismo océano, por el que circularon mercancías, ideas y personas a lo largo de los siglos.

Cuando firmó su Estatuto de Autonomía, en 1983, Extremadura fue una de las pocas comunidades de España que declaró su deseo de fomentar las relaciones con los pueblos e instituciones de Iberoamérica, haciéndolo “bajo los principios de lealtad, respeto por la respectiva identidad, mutuo beneficio y solidaridad”. Reflejo de aquel compromiso son hoy organismos como el Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo (MEIAC) o el Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica (CEXECI), que toma por lema la frase "nuestro norte es el sur " del pintor uruguayo Joaquín Torres García.

Extremadura ha sido cuna de grandes exploradores, artistas, intelectuales y personajes políticos. En sus décadas más recientes, ha sido también escenario de la lucha de superación y la búsqueda de un nuevo amanecer.

Un amanecer promovido por generaciones de hombres y mujeres que, a base de notables esfuerzos y no pocos sacrificios, demostraron que la pobreza no tiene por qué ser un destino y transformaron esa tierra en una región moderna y dinámica, que busca ser referente nacional, entre otras cosas, en su oferta turística y cultural, en su apoyo a las energías renovables, y a la innovación y en su protección del medio ambiente.

Esta Universidad, ustedes, han jugado un papel esencial en todo ello porque la transformación de Extremadura, como cualquier transformación duradera, solo puede gestarse en las aulas y solo puede emprenderse desde la educación.

Esta es una de mis convicciones más profundas. Muchas son las razones que me convierten en una aliada incondicional de la educación. Por un lado, la abrumadora evidencia del aporte fundamental e insustituible que tiene la educación, en todos sus niveles, al desarrollo de los pueblos.

Me referiré a esa evidencia más adelante. Pero también mi historia personal, y la historia de mi país, han iluminado desde siempre la escritura en la pared: no hay inversión más sabia que la educación.

Soy una orgullosa hija de padres inmigrantes que le apostaron todo a la educación, a pesar de que Costa Rica, en ese entonces, era inmensamente más pobre e inmensamente menos desarrollada que ahora. Pero, además, le apostaron a la educación de tres hijas, todas mujeres, que, como muchos de los universitarios de Iberoamérica en la actualidad, fuimos primera generación de nuestra familia en asistir a la universidad. Sin duda, fuimos las primeras mujeres profesionales. Nuestra historia fue símbolo del cambio de nuestro tiempo. Decía Stefan Zweig en su libro *El Mundo de Ayer*, que dos cosas le hicieron evidente que el mundo en el que había nacido había desaparecido –además del nazismo–: el surgimiento de la incertidumbre y el nuevo rol de la mujer.

Yo soy producto de esa transformación que todavía hoy encuentra barreras, y no está libre de retrocesos, pero que estoy convencida terminará imponiéndose por el bien de toda la humanidad. En mi casa, y en mi país, sabíamos que la educación no es una herramienta para la vida que tenemos, sino para la que queremos. Que no es solo un mecanismo para enfrentar la realidad, sino también para imaginarla y transformarla. En palabras de Kant: “no se debe educar a los niños considerando solamente el estado

presente de la especie humana, sino también un estado futuro posible y mejor (...) de la humanidad”.¹

En 1870, Costa Rica decidió declarar la educación pública gratuita y obligatoria para hombres y mujeres. En ese momento, era el país más pobre de toda Centroamérica, un país de recolectores de café. Muchos se preguntaron entonces por qué dedicar los escasos recursos de un Estado incipiente a universalizar la educación, cuando había muchas otras necesidades que cubrir: no había agua intra-domiciliaria. La mayoría de las personas andaban descalzas.

La educación no solucionaba los problemas inmediatos de la población. Y, sin embargo, fue esa visión y ese compromiso los que permitieron que Costa Rica hoy se sitúe entre los países de mejor desempeño en desarrollo humano.

A lo largo de mi carrera profesional, primero desde el gobierno de Costa Rica, después desde las Naciones Unidas, y ahora desde la Secretaría General Iberoamericana, he visitado más de 80 países, he visto prosperar a muchos de ellos, y les aseguro que no sería capaz de señalar un factor común más determinante en sus historias de éxito que el de la apuesta por la educación. Según la Unesco, cada año que se añade a la formación promedio de la población reduce los niveles de violencia, mitiga la desigualdad y consolida el estado de derecho al tiempo que incrementa el crecimiento económico².

¹ *Reflexiones sobre educación y la Pedagogía*, 1787.

² UNESCO, *Education Counts. Towards the Millennium Development Goals*, 2010.

Casi dos terceras partes de la riqueza de los países desarrollados, se debe al capital humano, esto es, 15 veces más que sus recursos naturales.³

La educación superior es especialmente importante en este sentido. Diversos estudios muestran una relación causal entre la apertura de universidades en un territorio y el crecimiento de la renta per cápita de sus habitantes,⁴ así como entre el porcentaje de titulados universitarios de un país y el nivel de confianza social, la igualdad de género, y la participación democrática de su ciudadanía.⁵ La tarea que se realiza aquí, la labor que llevan a cabo todos ustedes, es por tanto de una importancia que no puede exagerarse.

Claves desde la Ilustración

Por eso vale la pena aprender del recorrido que estas casas de estudio han hecho desde la Edad Media. Las universidades surgen como espacios de encuentro de maestros y estudiantes. En sus inicios, los libros eran tan caros y escasos que los alumnos tenían que alquilarlos por horas a los “estacionarios”, o leerlos en copias encadenadas a los atriles de las bibliotecas.

³ Kirk Hamilton and Gang Liu, “Human capital, tangible wealth, and the intangible capital residual”, *Oxford Review of Economic Policy* 30, Issue 1, 2016, pp. 70-91.

⁴ Anna Valero and John Van Reenen, “The Economic Impact of Universities: Evidence from Across the Globe”, NBER Working Paper No. 22501, Agosto 2016. En un estudio de 1995, R. J. Barro y X. Sala-i-Martin se señalaba que un “increase in higher education of 0.09 years raises annual growth by 0.5 percentage points.”

⁵ OECD, *Education at Glance*, 2011.

Ya luego se expanden gracias al apoyo no solo de la Iglesia sino, sobre todo, de los Estados, alentadas por la invenciones como la imprenta. Europa necesitaba una nueva clase de funcionarios y profesionales liberales y las universidades se transformaron para responder a esa necesidad.

América Latina no estuvo al margen de este proceso. En 1551, se funda en Lima la primera universidad en América: la Real y Pontificia Universidad de San Marcos, a la que le siguieron inmediatamente después otras en México, Argentina, Colombia y Bolivia. Centros que cumplieron una función neurálgica en el desarrollo de la región.

Fue en el siglo XVIII cuando las universidades comenzaron a adquirir su forma actual empujadas por una Ilustración que, como escribió Rousseau, veía en la educación el factor del que dependía “la esperanza de la República, y la gloria y la suerte de toda nación”.

Esta historia es especialmente relevante para estos tiempos. A los ilustrados les correspondió vivir un siglo parecido al nuestro, marcado por la Revolución Industrial, el desarrollo científico, las convulsiones sociales y la Revolución Francesa.

Como respuesta a aquella coyuntura, los ilustrados propugnaron una educación de carácter universal, basada en los principios de la libertad y la igualdad, y diseñada para conducir al ser humano a la modernidad.

Ellos fueron los primeros en recomendar la incorporación de las disciplinas técnicas y científicas en los planes de estudio, y en defender el carácter utilitario de la educación que —como declaró Jovellanos en 1797— debía servir no solo para el perfeccionamiento cívico y moral del hombre, sino también para mejorar la instrucción de sus profesiones, satisfacer las necesidades prácticas del pueblo y garantizar el progreso económico y social.⁶ Hoy en día continuamos luchando por mantener este binomio, el abandono o debilitamiento de una de sus partes vulnera nuestra misión: por un lado, no podemos descuidar el carácter profesional y por tanto instrumental de la educación, pero tampoco podemos olvidar el perfeccionamiento cívico y moral del estudiante.

Como ellos, hoy nos corresponde ser capaces de abordar los singulares desafíos de nuestra era promoviendo una educación que al mismo tiempo forme mejores profesionales y mejores ciudadanos, que habilite para el trabajo pero también para la vida en sociedad. Las universidades están llamadas a cumplir un rol en ambas esferas: la utilitaria y la moral. Deben preservar su relevancia y pertinencia para la formación profesional, a través de una educación más flexible y dinámica, diseñada no para el hoy sino para el mundo del mañana. Pero también deben mantener y profundizar su contribución al progreso ético y democrático de nuestros pueblos.

⁶ *Sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias, 1797.*

Para ello quisiera referirme a tres grandes retos: la disrupción tecnológica, la globalización y la necesidad de una formación cívica en este mundo globalizado.

I. La disrupción tecnológica

Empiezo por el reto que representa la disrupción provocada por las nuevas tecnologías.

Inglaterra tardó 150 años en duplicar su producción per cápita al hilo de la primera Revolución Industrial. Estados Unidos, que se industrializó más tarde, tardó solo 50 años. China e India han necesitado menos de 20 años para lograrlo, a pesar de ser los dos países más poblados del planeta.

Hoy nos encontramos en los albores de una cuarta revolución industrial. Una nueva era que, impulsada por innovaciones como la inteligencia artificial, la robótica, el Internet de las cosas y el *big data*, transformará radicalmente el mundo tal y como lo conocemos.

Para el año 2030, más de la mitad de los puestos de trabajo actuales habrán sido automatizados o habrán quedado obsoletos, y tres cuartas partes de las 500 mayores empresas del mundo habrán desaparecido o habrán sido sustituidas por otras.

Nuestros tejidos productivos están cambiando a un ritmo vertiginoso, al punto de que a nuestras universidades les cuesta seguirles el ritmo. A nivel global existe una enorme brecha entre las competencias adquiridas por los egresados y las que demandan los mercados. Entre el 50% y el 60% de las empresas de Europa y América Latina afirman no encontrar trabajadores con las competencias que necesitan.

No hay duda de la necesidad de desarrollar sistemas de formación más versátiles, capaces de adaptarse a las necesidades actuales de la economía y la sociedad.

Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo educar a los jóvenes hoy, sabiendo que el 60% de ellos acabará desempeñando un trabajo que aún no existe? No es un reto fácil. Al menos tres claves parecen emerger de la experiencia en distintos países.

1. En primer lugar, debemos avanzar hacia un modelo de universidad que combine la transmisión de conocimientos con el desarrollo de habilidades transferibles o transversales. No educamos para un trabajo en particular sino para un mundo laboral y una sociedad en constante y acelerada transformación.

Precisamente por la velocidad de los cambios tecnológicos es que debemos mantener el enfoque en los cuatro aprendizajes fundamentales, que siguen siendo los mismos no importa a cuántos gigas navegue un ordenador: aprender a conocer, aprender a

hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser.

De ahí que conviene enfocar nuestros planes de estudio en el desarrollo de aquellas destrezas como el pensamiento crítico, la comunicación oral y escrita, el método analítico, o el trabajo en equipo, habilidades que no se vuelven obsoletas y que se requieren en la vida personal y laboral, sea cual sea el trabajo.

2. La segunda clave, unida a la anterior, es posibilitar el aprendizaje a lo largo del ciclo de vida, para así enfrentar la volatilidad de los tiempos.

Tradicionalmente, las universidades se despedían de sus estudiantes tan pronto como acababan la carrera. Esto está cambiando drásticamente. Para el año 2030, solo el 30% de la formación que los estudiantes necesitarán en su carrera profesional la aprenderán en los grados y másteres. El resto deberán adquirirlo en sistemas de aprendizaje continuado, en los que el grueso de la docencia se dará mediante plataformas digitales y educación combinada.

Estos sistemas seguirán en contacto con sus egresados, proporcionándoles cursos de formación complementaria para actualizar sus conocimientos o redireccionar sus perfiles a nuevos sectores, a medida que la economía y la sociedad se vayan transformando.

El cambio ya ha empezado a producirse. El 10% de los españoles entre 25 y 64 años

participó en algún tipo de programa de aprendizaje permanente en 2015⁷. En Estados Unidos, la cifra ronda el 70%.⁸ En América Latina aún queda mucho trabajo por delante⁹, por eso los países iberoamericanos incluyeron la educación a lo largo de la vida entre sus *Metas educativas* fijadas para el 2021, y le solicitaron a la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) y a la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura asistirlos en esta tarea.¹⁰

Debemos ser capaces de garantizar que haya sed de saber y que esta pueda saciarse siempre, que nadie se encuentre excluido de la educación, independientemente de su condición socioeconómica, edad o estado de formación. En las sociedades futuras, ninguna graduación será última y definitiva, sino tan solo la conclusión de ciclos de formación que continuarán a lo largo de la vida. Debemos asegurarnos de que la oferta y la demanda educativa estén preparadas para este nuevo paradigma.

3. La tercera y última propuesta para adaptarnos a las disrupciones tecnológicas es, precisamente, educar en la innovación.

Hoy en día, una parte importante del crecimiento económico de un país depende de su capacidad para innovar.¹¹ Esta es una fuente esencial de riqueza y bienestar para

⁷ Eurostat, *Lifelong learning statistics*, 2016.

⁸ PewResearch Center, *Lifelong Learning and technology*, 2016.

⁹ Rosa María Torres, *De la alfabetización al aprendizaje a lo largo de toda la vida. tendencias, temas y desafíos de la educación de personas jóvenes y adultas en América Latina y el Caribe*, 2009.

¹⁰ CEPAL, OEI, SEGIB, 2021. *Metas educativas. La educación que queremos para la generación de los bicentenarios*, 2010.

¹¹ Xavier Sala-i-Martin; Gernot Doppelhofer; Ronald I. Miller, "Determinants of Long-Term Growth: A Bayesian Averaging of Classical Estimates (BACE) Approach," *American Economic Review* 94, no. 4, Septiembre 2004, pp. 813-835.

nuestras sociedades y, como tal, debe ocupar un lugar cada vez mayor en nuestra universidad.

Por eso debemos, también, fomentar una cultura emprendedora entre nuestros estudiantes e investigadores, promoviendo la creación de *spin-offs* y *startups* universitarias, estableciendo canales de financiación, y reconociendo este tipo de labores a nivel curricular (como, por cierto, hace Colombia desde el 2008 y como ha venido impulsando España a través de la RedEmprendia).

Pero emprendimiento es más que empresarialidad. Podemos ser emprendedores funcionarios, que ponen en marcha nuevas ideas para satisfacer las necesidades de su comunidad. Y podemos, también, ser empresarios que practican una innovación social. En la última década ha ido cobrando forma el llamado “cuarto sector”, un sector de empresas que no son “con fines de lucro” sino “con fines de bienestar”, es decir, empresas que no solo buscan generar ingresos financieros, sino también potenciar el desarrollo local, contribuir a la protección del medio ambiente y a la solución de los problemas de nuestras comunidades.

Las tecnologías abren posibilidades hasta ahora insospechadas en la creación de valor a través de la innovación social y ciudadana. Esa innovación se potencia cuando existe colaboración más allá de las materias y más allá de las fronteras: porque los fenómenos de la vida no están compartimentados. Experimentamos simultáneamente los efectos de la ingeniería, de la matemática, de la historia, de la

geografía, de la ecología. En suma, de un sinnúmero de disciplinas que interactúan en la vida cotidiana.

Por eso es importante fortalecer el carácter interdisciplinar de nuestros programas.

Un error muy extendido consiste en pensar que la innovación depende únicamente de las asignaturas STEM (Ciencias, Tecnología, Ingenierías y Matemáticas, por sus siglas en inglés), o de formar a nuestros estudiantes en estas materias en lugar de otras. Para avanzar, no necesitamos sustituir un conocimiento por otro, sino generar interacciones entre las áreas, formar puentes y sinergias.

Les pongo un ejemplo: no basta con que los ingenieros de la empresa Tesla creen un revolucionario vehículo que se conduce solo. Para que esa creación se materialice en nuestras calles y tenga un impacto real en el mundo, es necesario también que un filósofo aborde los dilemas éticos que esta innovación plantea, que un jurista legisle su uso, que un urbanista prevea las implicaciones que esto tiene en términos de infraestructuras y para el transporte público, y así sucesivamente.

Es por eso que desde hace ya una década los países escandinavos y anglosajones abordan el reto de la innovación desde una perspectiva sistémica¹² que tiene en cuenta todos aquellos “elementos y relaciones que intervienen en la producción,

¹² R. Smits, y S. Kuhlmann, “The rise of systemic instruments in innovation policy”, *International Journal of Foresight and Innovation Policy*, 1, 1/2, pp. 4-32; OECD, *Innovation and Growth: Rationale for an Innovation Strategy*. París, 2007.

difusión y puesta en uso de los conocimientos.”¹³ En estos modelos, para estimular la innovación se cultivan todos los ámbitos del conocimiento: la ciencia, la tecnología, pero también las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

Ahora bien, ello no exime de reconocer que en nuestros países hay todavía una brecha de formación en **las asignaturas STEM**¹⁴. Atenderla es indispensable, ya que esta brecha puede representar una desventaja competitiva para nuestros países, especialmente si tenemos en cuenta que, para el 2020, la demanda de perfiles STEM habrá crecido mucho más rápido que la economía.¹⁵

El mundo del mañana va a estar dominado por la complejidad, la incertidumbre, y la velocidad de cambio. En el futuro, no serán los peces grandes quienes se coman a los chicos, sino los rápidos quienes releguen a los lentos.

II. La globalización

Paso al segundo reto al que debemos responder: el de la globalización.

Fue precisamente un extremeño, Vasco Núñez de Balboa, el primer europeo en asomarse al Pacífico desde las sierras de Urrucallala y tomar consciencia de las

¹³ Lundvall, *National Innovation Systems: Towards a Theory of Innovation and Interactive Learning*, Londres, 2009.

¹⁴ En España, según Eurostat: 1,3 %. En América latina, según el LEO: 2% al 7%. Comparar con el 10% en los países de la OCDE y el 18% de las economías más desarrolladas.

¹⁵ Informe del Centro Europeo para el Desarrollo de la Vocación Profesional, 2016.

verdaderas dimensiones de nuestro planeta. Pocos años más tarde, en 1566, Carlos de Borja escribía a su padre Francisco para darle las gracias por el globo terráqueo que acababa de regalarle. “Hasta que no lo vi –escribió – no me di cuenta de lo pequeño que es el mundo”.¹⁶ Desde entonces, nuestro planeta no ha parado de hacerse más y más pequeño, a través de una creciente interconexión entre territorios, personas y economías.

En 1913, el comercio internacional representaba el 22% del PIB mundial; hoy representa casi el 60%. En España, el número de empresas con filiales en el extranjero se ha duplicado en la última década¹⁷, como también lo han hecho los condicionantes y normativas internacionales a las que están sujetas.

Para que nuestros estudiantes sean competitivos en este mundo, tenemos que proporcionarles una formación más global: **ampliando las lenguas y contenidos de nuestras titulaciones** para que abarquen las realidades económicas, científicas, jurídicas y culturales de otras regiones; **aumentando el intercambio de docentes y alumnos** y el número de extranjeros en nuestros centros; **y permitiendo una mayor colaboración inter-institucional.**

¹⁶ Apud. François de Dainville, *La géographie des humanistes*, Paris, 1946, p. 92, n. 3.

¹⁷ *Informe del Observatorio de la Empresa Multinacional Española (OEME)*, promovido por ESADE y el ICEX, 2012.

La movilidad contribuye a desarrollar habilidades transferibles como la comunicación inter-cultural, la resolución de problemas, o la adaptabilidad que requiere trabajar en ambientes internacionales. También crea las condiciones adecuadas para destruir prejuicios y hacernos más tolerantes, más altruistas y proclives a la colaboración entre países.

Estas habilidades son a día de hoy las más demandadas por las empresas. Por eso no debe sorprendernos que, como señala el último informe de la Comisión Europea, los estudiantes que participan en el programa Erasmus presenten unas tasas de desempleo un 23% más bajas que el resto de los egresados.¹⁸

Esa es una oportunidad que merecen también los 160 millones de jóvenes iberoamericanos, la generación joven más numerosa, más exigente y más educada de nuestra historia. Desde 1970, el número de matriculados universitarios en América Latina se ha multiplicado por doce. Como resultado, de cada 3 jóvenes que están estudiando hoy en nuestras universidades, 2 son la primera generación de sus familias en recibir educación superior. Muchos de ellos no tienen pasaporte ni han salido jamás de su país de origen. La movilidad académica es su tiquete a un mundo globalizado.

¹⁸ European Commission, *Effects of mobility on the skills and employability of students and the internationalisation of higher education institutions*, 2014.

Por eso hemos firmado con la Crue y con más de 600 entidades Iberoamericanas su adhesión al programa **Campus Iberoamérica**, y hemos añadido en la agenda una mayor integración de nuestros sistemas educativos y de investigación. Avanzar en esta dirección, difuminar las fronteras, integrar los sistemas, es indispensable para garantizar la pertinencia de nuestra educación: una educación para un mundo globalizado debe ser, en sí misma, internacional.

III. Una formación cívica para un mundo globalizado

Y esto me lleva al tercer reto: la formación cívica para un mundo globalizado.

La globalización ha tenido multitud de efectos beneficiosos para la humanidad. Ha incrementado nuestra capacidad para generar riqueza, combatir la pobreza, y colaborar entre países en la resolución de conflictos y defensa de los derechos civiles.

Sin embargo, no se puede negar que esta misma globalización ha generado, a su vez, nuevos retos y problemas: ha acelerado el cambio climático, destruido muchas formas de vida tradicionales y aumentado la desigualdad entre personas, hasta el punto de que en la actualidad el 99% de la riqueza global está en manos de un 1% de la población.

La globalización, cuyos orígenes se remontan a la Antigüedad, está alcanzando hoy unas dimensiones únicas en la historia. En la actualidad, alrededor de 250 millones de personas, un 3% de la población mundial, vive en un país distinto al que nació. Si consideramos la migración interna, el número se multiplica por 5. Se trata de una de las grandes tendencias de nuestra era, que ha hecho virtualmente imposible concebir sociedades uniformes, sin matices, sin distintas influencias. La coexistencia en la diversidad ha sido un reto humano desde el inicio de los tiempos, pero es un reto ineludible en las sociedades modernas, en donde no podemos evadir la presencia de personas distintas a nosotros y enfrentamos un riesgo real de fragmentación en la cercanía, de división en la proximidad.

Ya a finales del siglo XX, Jacques Delors advirtió que la educación del nuevo milenio debía desarrollarse en una doble dirección. Por un lado, haciendo al individuo más consciente de sus orígenes, a fin de que pudiera comprenderse mejor a sí mismo y el lugar que ocupa en el mundo. Por otro, haciendo hincapié en “la tarea universal de comprensión de los demás”, ayudando al individuo a percibir y respetar la diversidad cultural propia y ajena. Debemos ser capaces de educar en las identidades incluyentes, enseñándole a los jóvenes a entenderse en su complejidad, a comprender que todos pertenecemos simultáneamente a distintos grupos y universos de significado, y que es posible construir puentes con los demás porque todos somos “diversamente distintos”.

Este es un desafío de la más absoluta trascendencia. En los últimos años hemos visto con preocupación un aumento del malestar social y la desafección política en algunos países de Occidente y, con ellos, el retorno de retóricas y prácticas que considerábamos desechadas, populismos xenófobos y nacionalistas, que se alimentan del sentido de vulnerabilidad que genera una era de cambios, para prometer un viaje de regreso al pasado.

Esta es una amenaza que debemos combatir todos: gobiernos, empresas, sociedad civil y, claro está, las universidades, que están llamadas a desempeñar un papel protagonista en la protección de nuestras democracias liberales, a través del **fomento al pensamiento crítico y la transmisión de valores.**

Un sistema educativo de baja calidad implica una ciudadanía de baja calidad. Sin ciudadanos capaces de procesar información compleja y formar su propio criterio; sin personas acostumbradas al debate, a la argumentación lógica, a la discusión plural y a la búsqueda de evidencia, es muy difícil conducir un proyecto democrático.

Para que la democracia funcione es necesario que los votantes adopten una posición crítica ante los mensajes de la prensa, los políticos, las grandes corporaciones y cualquier otra manifestación del poder. No basta con formar biólogos, médicos, abogados y poetas. Necesitamos, ante todo, formar ciudadanos críticos y libres.

Y necesitamos, también, formar ciudadanos éticamente comprometidos, conscientes de las implicaciones de sus decisiones en la vida de los demás y en el tejido social.

Acontecimientos e investigaciones recientes demuestran que las democracias no necesariamente generan demócratas, del mismo modo que el crecer en una sociedad cosmopolita no necesariamente produce ciudadanos más tolerantes y solidarios.

En España, 7 de cada 10 personas están poco o nada satisfechas con el funcionamiento de la democracia.¹⁹ En América Latina, el apoyo a la democracia volvió a caer en 2016, y hoy apenas supera la mitad de la población. Lo que quizá es más grave, en los últimos siete años ha aumentado el número de personas a quienes les resulta “indiferente” si en su país hay un régimen democrático o no.²⁰

El respeto y la solidaridad hacia el otro que es distinto, también está cayendo.

El progreso ético no acompaña necesariamente al desarrollo material. Es más, como hemos visto, no necesariamente acompaña a la cobertura educativa, pues estos números se han estancado o han empeorado aun cuando se expandía nuestra educación. Por eso insistiré siempre en que necesitamos más educación, pero no cualquier educación, sino una educación de calidad, que forme personas capaces de

¹⁹ Barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

²⁰ Latinobarómetro, 2015.

ser miembros plenos de la economía, de la sociedad y de la democracia. Como dijera uno de los más grandes educadores costarricenses, Omar Dengo: a la escuela le compete “la noble tarea de duplicar la producción moral de un país”.

Cierre

Queridas amigas y queridos amigos:

Si queremos que las nuevas tecnologías y la globalización eleven nuestra civilización a nuevas cotas de desarrollo y bienestar, tenemos que asegurarnos de que la universidad sea capaz de dirigirlos y de adaptarse a ellas.

Los tomadores de decisión debemos comprometernos a contribuir a este proceso. Al fin y al cabo, somos conscientes de que el futuro del planeta no depende únicamente de tendencias macroeconómicas o del comportamiento de los gobiernos: al final del día, es en las aulas en donde se gesta la realidad que vendrá. Ya lo dijo Kant, “el hombre no es más que lo que la educación hace de él.”

Este Doctorado Honoris Causa me compromete aún más. Lo recibo como un reconocimiento a todas las instituciones y a todos aquellos que en mi carrera pública me han permitido contribuir al bienestar colectivo. Gracias a la Secretaría General Iberoamericana y de nuevo gracias a la Universidad de Extremadura, que con esta distinción nos da un respaldo intelectual y un apoyo institucional valiosísimo para

seguir trabajando en nuestros objetivos: mejorar la vida de los iberoamericanos y mantener viva la capacidad de soñar con un mundo mejor. Como dijo en cierta ocasión el director de cine argentino Fernando Aguirre, la utopía está en el horizonte. Caminamos diez pasos, ella se aleja diez pasos. Sabemos que nunca la alcanzaremos. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar.

Muchas gracias.